

# 24 HORAS PARA EL SEÑOR

*20-21 de marzo de 2020*

Han quedado perdonados tus pecados (*Lc 7,48*)

Subsidio Pastoral

Introducción general a la iniciativa

## **Confesión**

¿Por qué tengo que confesarme?

Respuesta del Papa Francisco

Testimonio de conversión: Beatrice Fazi

¿Cómo prepararse para la confesión?

¿Cómo confesarse?

¿Qué hacer después de la confesión?

## **Vigilia**

Introducción a la celebración

Inicio de la Vigilia. Propuesta de Liturgia Penitencial

Desarrollo de la Vigilia

*Lectio Divina*

## **Notas introductorias**

*El presente subsidio pretende ofrecer algunas sugerencias para ayudar a las parroquias y a las comunidades cristianas a prepararse para vivir la iniciativa de las **24 horas para el Señor**. Son propuestas que pueden adaptarse de acuerdo con las necesidades y las costumbres locales.*

*En la tarde del viernes 20 de marzo y durante todo el día del sábado 21 de marzo, sería significativo prever la apertura extraordinaria de la iglesia, ofreciendo la posibilidad de acceder a las **Confesiones**, preferiblemente en un contexto de **Adoración Eucarística** convenientemente preparada. El evento podría iniciar el viernes por la tarde con una Liturgia de la Palabra que ayude a los fieles a preparar la Confesión sacramental, y concluir con la celebración de la Santa Misa festiva del sábado por la tarde.*

*En la **primera parte** de este Subsidio se presentan algunos pensamientos que ayudan a reflexionar sobre el porqué del Sacramento de la Reconciliación. Los textos preparan para vivir de manera consciente el encuentro con el sacerdote en el momento de la confesión individual. También son una provocación para superar las eventuales resistencias que a menudo se contraponen para evitar hacer la confesión. Se ofrece un testimonio que ilustra el camino de la propia conversión: una ayuda para reflexionar sobre el propio cambio y sobre la conciencia de la presencia de Dios en la vida de cada uno. Se presenta también el testimonio de una persona, que puede inspirar nuestras vidas para realizar las obras de misericordia y continuar el crecimiento personal después de haber recibido la absolución de los pecados.*

*La **segunda parte** puede ser utilizada durante el tiempo de apertura de la Iglesia, de modo que aquellos que vengan a confesarse, puedan recibir ayuda en la oración y en la meditación a través de un recorrido basado en la Palabra de Dios.*

## CONFESIÓN

«Dos son las alas para volar al cielo: la confesión y la comunión»

*San Juan Bosco, 1422*

«Se le denomina *sacramento del perdón* porque, por la absolución sacramental del sacerdote, Dios concede al penitente “el perdón y la paz”»

*Catecismo de la Iglesia Católica, 1424*

## ¿Por qué debo confesarme?

El sacramento de la Reconciliación es un sacramento de curación. Cuando yo voy a confesarme es para sanarme, curar mi alma, sanar el corazón y algo que hice y no funciona bien. La imagen bíblica que mejor los expresa, en su vínculo profundo, es el episodio del perdón y de la curación del parálítico, donde el Señor Jesús se revela al mismo tiempo médico de las almas y los cuerpos (cf. *Mc* 2, 1-12; *Mt* 9, 1-8; *Lc* 5, 17-26).

El sacramento de la Penitencia y de la Reconciliación brota directamente del misterio pascual. En efecto, la misma tarde de la Pascua el Señor se aparece a los discípulos, encerrados en el cenáculo, y, tras dirigirles el saludo «Paz a vosotros», sopló sobre ellos y dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados» (*Jn* 20, 21-23). Este pasaje nos descubre la dinámica más profunda contenida en este sacramento. Ante todo, el hecho de que el perdón de nuestros pecados no es algo que podamos darnos nosotros mismos. Yo no puedo decir: me perdono los pecados. El perdón se pide, se pide a otro, y en la Confesión pedimos el perdón a Jesús. El perdón no es fruto de nuestros esfuerzos, sino que es un regalo, es un don del Espíritu Santo, que nos llena de la purificación de misericordia y de gracia que brota incesantemente del corazón abierto de par en par de Cristo crucificado y resucitado. En segundo lugar, nos recuerda que sólo si nos dejamos reconciliar en el Señor Jesús con el Padre y con los hermanos podemos estar verdaderamente en la paz. Y esto lo hemos sentido todos en el corazón cuando vamos a confesarnos, con un peso en el alma, un poco de tristeza; y cuando recibimos el perdón de Jesús estamos en paz, con esa paz del alma tan bella que sólo Jesús puede dar, sólo Él.

A lo largo del tiempo, la celebración de este sacramento pasó de una forma pública —porque al inicio se hacía públicamente— a la forma personal, a la forma reservada de la Confesión. Sin embargo, esto no debe hacer perder la fuente eclesial, que constituye el contexto vital. En efecto, es la comunidad cristiana el lugar donde se hace presente el Espíritu, quien renueva los corazones en el amor de Dios y hace de todos los hermanos una cosa sola, en Cristo Jesús. He aquí, entonces, por qué no basta pedir perdón al Señor en la propia mente y en el propio corazón, sino que es necesario confesar humilde y confiadamente los propios pecados al ministro de la Iglesia. En la celebración de este sacramento, el sacerdote no representa sólo a Dios, sino a toda la comunidad, que se reconoce en la fragilidad de cada uno de sus miembros, que escucha conmovida su arrepentimiento, que se reconcilia con Él, que le alienta y le acompaña en el camino de conversión y de maduración humana y cristiana. Uno puede decir: yo me confieso sólo con Dios. Sí, tú puedes decir a Dios «perdóname», y decir tus pecados, pero nuestros pecados son también contra los hermanos, contra la Iglesia. Por ello es necesario pedir perdón a la Iglesia, a los hermanos, en la persona del sacerdote. «Pero padre, yo me avergüenzo...». Incluso la vergüenza es buena, es salud tener un poco de vergüenza, porque avergonzarse es saludable. Cuando una persona no tiene vergüenza, en mi país decimos que es un «sinvergüenza». Pero incluso la vergüenza hace bien, porque nos hace humildes, y el sacerdote recibe con amor y con ternura esta confesión, y en nombre de Dios perdona. También desde el punto de vista humano, para desahogarse, es bueno hablar con el hermano y decir al sacerdote estas cosas, que tanto pesan a mi corazón. Y uno siente que se desahoga ante Dios, con la Iglesia, con el hermano. No tener miedo de la Confesión. Uno, cuando está en la fila para confesarse, siente todas estas cosas, incluso la vergüenza, pero después, cuando termina la Confesión sale libre, grande, hermoso, perdonado, blanco, feliz. ¡Esto es lo hermoso de la Confesión! Quisiera preguntaros —pero no lo digáis en voz alta, que cada uno responda en su corazón—: ¿cuándo fue la última vez que te confesaste? Cada uno piense en ello... ¿Son dos días, dos semanas, dos años, veinte años, cuarenta años? Cada uno haga cuentas, pero cada uno se pregunte: ¿cuándo fue la última vez que me confesé? Y si pasó mucho tiempo, no perder un

día más, ve, que el sacerdote será bueno. Jesús está allí, y Jesús es más bueno que los sacerdotes, Jesús te recibe, te recibe con mucho amor. Sé valiente y ve a la Confesión.

Queridos amigos, celebrar el sacramento de la Reconciliación significa ser envueltos en un abrazo caluroso: es el abrazo de la infinita misericordia del Padre. Recordemos la hermosa, hermosa parábola del hijo que se marchó de su casa con el dinero de la herencia; gastó todo el dinero, y luego, cuando ya no tenía nada, decidió volver a casa, no como hijo, sino como siervo. Tenía tanta culpa y tanta vergüenza en su corazón. La sorpresa fue que cuando comenzó a hablar, a pedir perdón, el padre no le dejó hablar, le abrazó, le besó e hizo fiesta. Pero yo os digo: cada vez que nos confesamos, Dios nos abraza, Dios hace fiesta. Sigamos adelante por este camino. Que Dios os bendiga.

Papa Francisco, *Audiencia General*, miércoles 19 de febrero de 2014

## Testimonio de Beatrice Fazi (fragmentos)

Empecé muy mal. No me consideraba capaz de convertirme en madre y esposa, yo que me sentía orgullosa de seguir a Cristo. Nací en una familia católica que me educó en los sacramentos. En cierto momento me dejé llevar por la catequesis del mundo que desgarró la tienda de mi familia. Mis padres después de 21 años decidieron separarse. Y entre nosotros – los tres hijos – se infiltró una carcoma terrible: la de haber nacido por error. Empecé a no creer en lo que me habían enseñado. Y así empecé a pensar en llegar a ser alguien porque quería recuperar el lugar que me habían arrebatado con la separación de mis padres, e inicié a abrirme camino para llegar a ser famosa. Queremos ser felices y amados. Pero mi búsqueda de felicidad empezó en lugares equivocados.

Después del Instituto me trasladé de Salerno a Roma y a los 20 años practiqué un aborto voluntario. Me había enamorado de un hombre que tenía el doble de mi edad. Me lancé y cometí este error. Las personas que estaban a mi lado me decían: es solo un conjunto de células. Y así decidí abortar. La catequesis del mundo es muy fuerte y te convencerá. El mal se presenta como la mejor opción y la del sentido común; sabe cómo disfrazarse, sabe cómo engañarte. Yo he vivido siguiendo el sentido común durante años. Pero luego, en algún momento, llega el vacío.

En cierto momento, por casualidad, o más bien por las “coincidencias de Dios”, cuando ya había experimentado el vacío y esa falta de sentido, justo entonces, mientras paseaba por Roma, me encontré de pronto ante una iglesia abierta que parecía invitarme a entrar. No sé por qué accedí a lo que me pareció una llamada inexcusable. Simplemente estaba cansada y me senté en el último banco. Estaba allí para encontrar un poco de sosiego cuando comencé a mirar alrededor. Había personas que rezaban y mis ojos se fijaron en la hostia consagrada sobre el altar. En aquel momento sucedió algo extraño: me sentí dulcemente acogida, amada. El pan que había considerado hasta ese momento ácido me hizo sentir el amor de Dios. Sentí que Jesús me decía: “Te amo”. Comencé a llorar como un fontanar delante de aquella hostia. Después salí de la iglesia e intenté no hacer caso porque pensaba que no era digna de que Dios se inclinara sobre mí. No merecía el amor de Dios. Y este es el primer pecado a confesar. Ha pasado tiempo antes de que yo aceptase ese amor.

Mi vida continuó normalmente hasta agosto del 2000. Eran los días de la Jornada Mundial de la Juventud e iba en moto con el que luego se convirtió en mi esposo. En un semáforo por las calles de Roma nos encontramos con una multitud de jóvenes del Papa. Y en ese momento, en los ojos de uno de aquellos chicos, vi aquella luz que había visto en la hostia. De nuevo comencé a llorar. En los ojos de aquel chico estaba aquella luz, aquella alegría que buscaba pero que no había encontrado. Aquel tesoro escondido. Sentí envidia de aquella alegría. Después, las cosas se desencadenaron. Rencontrando a una amiga de la universidad, que me había invitado a una catequesis sobre los 10 mandamientos, volví a poner los pies en una iglesia. Mientras tanto, me había quedado embarazada de María Lucía, que ahora tiene 13 años. En aquel momento, le pedí a mi amiga que me consiguiera una entrevista con el sacerdote que daba las catequesis, casi por superstición. Pensaba que Dios me castigaría por el aborto cometido a los 20 años en el bebé que habría de nacer. Me confesé después de tantos años por primera vez. Y me di cuenta de que era infeliz porque había expulsado a Dios de

mi vida. Creía tener sabiduría, era yo el dios de mi vida. Finalmente empecé a mendigar aquella alegría que no lograba encontrar. En aquella confesión encontré misericordia. El secreto para ser feliz es pedirle a Dios un corazón nuevo. Mi vida se transformó. Yo, que había partido de presupuestos diferentes, que me había hecho budista con un compañero ateo, separado, con un aborto a mis espaldas, me convertí en una esposa cristiana. Soy madre de cuatro hijos. Si le dais la oportunidad, Dios hará de vosotros una obra maestra. Soy feliz porque soy la esposa de Pierpaolo y la madre de María Lucía, Fabio, Giovanni y Magdalena. Soy feliz porque puedo rezar laudes con mi marido, decir el rosario con mis hijos. La familia es el lugar donde me he sentido realizada como artista. Dios nos hace superhéroes. He visto a mi esposo hacer cosas increíbles. La gracia santificante del matrimonio es un medio muy poderoso. La familia es un lugar de esperanza, un apoyo. La familia cristiana es una cosa fantástica. Puedo hablar de estos 15 años de unión con Pierpaolo como algo extraordinario. Rezad juntos, decir juntos el rosario, si estáis cansados: rezad. Si rezáis, permaneceréis unidos, y el milagro se hará realidad.

N.B. En varias ocasiones Beatrice Fazi ha dado testimonio de su conversión. El expuesto aquí (y considerado el más apropiado para los fines de este instrumento pastoral) es una transcripción tomada de un encuentro de jóvenes en el Santuario de San Gabriel, el 20 de agosto de 2015. El testimonio completo se encuentra en el siguiente libro: Beatrice Fazi, *Un corazón nuevo. Del mal de vivir a la alegría de la fe.*

## **¿Cómo prepararse para la confesión?**

Cada creyente sabe en su corazón cuáles son los obstáculos que pueden presentarse al acercarse al sacramento de la penitencia. Entran en juego, gracias también a la acción del maligno, sentimientos humanos como el orgullo y la vergüenza. A menudo, no debemos olvidarlo, también la desconfianza hacia el sacramento en sí y hacia la propia capacidad, para decirlo en el lenguaje tradicional, de “nunca más volver a ofender [a Dios] y de huir de las ocasiones próximas de pecado”.

Existen desde hace siglos esquemas útiles en la Iglesia para el examen de conciencia que resaltan los diversos tipos de pecado, a menudo relacionados con los Diez Mandamientos o con los paradigmas de virtud transmitidos por la tradición moral de la Iglesia. Sin embargo, antes de confrontarse con los pecados individuales que perturban la conciencia, sería más útil para el penitente meditar sobre la naturaleza del pecado y por qué a esta se debe poner remedio de inmediato.

Nada puede arrojar más luz sobre la naturaleza del pecado que ponerla frente a su opuesto: el amor de Dios. La Palabra de Dios manifiesta este amor en tantas expresiones, pero revela su expresión más elevada en la cruz de Cristo. Aquí el Hijo de Dios se ofrece, en plena obediencia a la misión que ha recibido del Padre, como víctima de expiación por nuestros pecados. De hecho, es la pasión de Cristo, con los elementos individuales que componen su dinámica – traición por dinero o por pura conveniencia, mentiras, burlas, violencia gratuita y continua – lo que paradójicamente revela la naturaleza del pecado que destruye.

La sangre de Cristo derramada por amor en la cruz no es simplemente el precio real de nuestro rescate, sino también la medida más precisa y personalizada de nuestro pecado. Por eso, antes de acercarnos al sacramento, haríamos bien en meditar – sobre todo – la pasión de Jesús tal y como viene narrada en los Evangelios. No es suficiente, sin embargo, leer el relato de la Pasión; es necesario meternos en la historia con los problemas de nuestra vida personal para verificar cómo nos medimos con los otros protagonistas y, sobre todo, con el Señor Jesús que se ofrece por nosotros. De esta manera, el corazón se abrirá y nos daremos cuenta de que la última palabra sobre nosotros no pertenece ni al pecado ni al maligno, sino a la misericordia del Padre revelada en Jesucristo, que se ha dado del todo por nosotros.

## **¿Cómo confesarse?**

*En el momento en que te presentas como penitente, el sacerdote te da una cálida bienvenida y te dirige palabras de aliento. Él hace presente al Señor misericordioso.*

*Junto con el sacerdote haces la señal de la cruz diciendo:*

**En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.**

*El sacerdote te invita a tener confianza en Dios, con estas palabras u otras similares:*

**Te reciba con bondad el Señor Jesús,  
que ha venido a llamar y a salvar a los pecadores.  
Confía en él.**

*El sacerdote, según la ocasión, lee o recuerda un texto de la Sagrada Escritura en el que se habla de la misericordia de Dios y dirige al hombre una invitación a convertirse.*

**Mc 1, 14-15**

**Después de que Juan fue entregado,  
Jesús se marchó a Galilea  
a proclamar el Evangelio de Dios; decía:  
«Se ha cumplido el tiempo  
y está cerca el reino de Dios.  
Convertíos y creed en el Evangelio».**

*En este momento, puedes confesar tus pecados. Si es necesario, el sacerdote te ayuda, haciéndote preguntas y ofreciéndote consejos apropiados. El sacerdote invita al penitente a manifestar arrepentimiento, recitando el acto de contrición o alguna otra fórmula similar, por ejemplo:*

**Lava del todo mi delito, Señor,  
limpia mi pecado.  
Pues yo reconozco mi culpa,  
tengo siempre presente mi pecado. (Sal 50, 4-5)**

*El sacerdote, extendiendo las manos (o, al menos, la mano derecha) sobre la cabeza del penitente, dice:*

**Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo  
por la muerte y la resurrección de su Hijo  
y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados,  
te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz.  
Y yo te absuelvo de tus pecados  
en el nombre del Padre y del Hijo + y del Espíritu santo.**

*Respondes: Amén.*

*Después de la absolución, el sacerdote dice: Demos gracias al Señor porque es bueno. (Sal 117,1)*

*Respondes: Porque es eterna su misericordia.*

*El sacerdote te despide diciendo: El Señor te ha perdonado. Vete en paz.*

---

*Oración del penitente:*

*Dios mío, me arrepiento de todo corazón de mis pecados, porque pecando te he ofendido a ti, que eres el sumo bien y digno de ser amado sobre todas las cosas. Propongo firmemente, con tu gracia, cumplir la penitencia que me ha sido impuesta, no volver a pecar y evitar las próximas ocasiones de pecado. Señor, misericordia, perdóname.*

*O bien:*

*¡Oh, Jesús, de amor ardiente, jamás te hubiera ofendido! Oh, mi querido y buen Jesús, con tu santa gracia no te quiero ofender más, ni nunca más disgustarte, porque te amo por encima de todas las cosas. ¡Jesús mío, misericordia, perdóname!*

### **¿Qué hacer después de la confesión?**

«Los ingredientes para una vida feliz se llaman *bienaventuranzas*: son bienaventurados los sencillos, los humildes que hacen lugar a Dios, que saben llorar por los demás y por los propios errores, permanecen mansos, luchan por la justicia, son misericordiosos con todos, custodian la pureza del corazón, obran siempre por la paz y permanecen en la alegría, no odian e, incluso cuando sufren, responden al mal con el bien. Estas son las bienaventuranzas. No exigen gestos asombrosos, no son para superhombres, sino para quien vive las pruebas y las fatigas de cada día, para nosotros».

Papa Francisco, *Ángelus*, 1 de noviembre de 2017

### **Sierva de Dios, Dorothy Day**

«Si algo he hecho en mi vida es porque nunca me he avergonzado de hablar de Dios»

Dorothy Day

En los albores del nuevo siglo, el 8 de noviembre de 1897, nace Dorothy en Brooklyn. Su padre, John Day, es de origen irlandés, mientras que su madre, Grace Satterlee, proviene de emigrantes británicos. Los padres de Dorothy se casan en la iglesia Episcopal, pero rara vez participan en la vida religiosa. John es periodista y desde 1904 toda la familia vive en San Francisco, donde él trabaja como corresponsal deportivo. En 1906, un terremoto devasta la ciudad de San Francisco. La oficina del periódico, donde trabaja John, queda destruida y la familia Day se muda a Chicago en busca de un futuro mejor.

Siendo joven, Dorothy lee muchos libros, a menudo también la Biblia, y cuando el rector de la vecina comunidad protestante logra convencer a su madre de que inscriba a sus hermanos en el coro, ella misma comienza a asistir al catecismo y participa voluntariamente en la vida litúrgica de la comunidad. De ahí nacerán sus inspiraciones para el futuro:

“De niña me emocionaba todo lo que leía sobre los santos. Podía ver la nobleza en dar la vida por los enfermos, los mutilados, los leprosos. Los sacerdotes y las monjas de todo el mundo podían trabajar en favor de los más pequeños de Cristo, y mi corazón se conmovía por este trabajo. Pero había otra pregunta en mi mente. ¿Por qué se hacía tanto para remediar el mal en lugar de evitarlo antes, cuando todavía era posible? ... ¿Dónde estaban los santos tratando de cambiar el tejido social? ¿Aquellos dispuestos no solo a servir a los esclavos, sino a eliminar la esclavitud?”

En 1914 termina la Escuela Superior y, gracias a una beca, inicia a frecuentar la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign. En el mundo estalla la Primera Guerra Mundial y varias ideas sociales y económicas se difunden en la sociedad industrial. Después de dos años, Dorothy deja la universidad y se traslada a Nueva York, donde se apresura a realizar diversas actividades contra la guerra y en favor de los pobres.

“Quería ir con los manifestantes, ir a prisión, escribir, influir a otros y ofrecer mi sueño al mundo. ¡Cuánta ambición y cuánta búsqueda de mí misma había en todo esto!” Pero sus pensamientos son todavía poco claros. “Tenía solo dieciocho años y no podía decidir entre mi lealtad al socialismo, al sindicalismo (el movimiento *Industrial Workers of the World* = I.W.W.) o bien al anarquismo. Cuando leía a Tolstoi era una anarquista. Mi lealtad a *The Call* [entonces el único periódico socialista en Nueva York] me mantuvo como socialista ... y mi americanismo me llevó al movimiento I.W.W.”

La revolución de febrero de 1917 en Rusia se recibe en todo el mundo como el despertar de la clase proletaria. Unos meses más tarde, Dorothy fue arrestada por una protesta silenciosa ante la Casa Blanca, organizada por un grupo de mujeres sufragistas pertenecientes al *National Women's Party* (Partido Nacional de la Mujer). Day es golpeada durante la intervención policial y condenada a 30 días en prisión. Después de 15 días es liberada (durante los cuales hace una huelga de hambre de 10 días).

De joven, Day lleva una vida bastante bohemia. Se hace compañera y amiga de varios activistas sociales y comunistas prominentes. Se enamora de Lionel Moise pero, cuando queda embarazada, decide abortar. Esta decisión la marcará durante toda su vida. En febrero de 1921, se casa civilmente con Berkeley Tobey, un truhan y *bon vivant*, con quien viaja por Europa. Después de regresar del viaje, se traslada a State Island, donde comienza a vivir con Forster Batterham, un activista social y biólogo. Con Forster Dorothy se siente acogida, amada y feliz. Un día, para su sorpresa, porque creía que era estéril después del aborto, descubrió que estaba embarazada.

Después de nueve meses, en las primeras semanas del año 1926, nace su hija: Tamar Theresa. El nacimiento marca el momento decisivo de su fe: “Ninguna criatura humana puede recibir o contener un torrente tan grande de amor y de alegría como el que a menudo he experimentado después del nacimiento de mi hija; surgió de ahí la necesidad de alabar, de adorar”.

Aquel deseo la lleva a la búsqueda de un sentido más profundo: “No quería que mi hija se debatiera y tropezara en la vida como yo tantas veces me había debatido y tropezado. Deseaba creer y deseaba que mi hija creyera y perteneciera a una Iglesia que pudiera ofrecerle una gracia tan inestimable como la fe en Dios y la tierna compañía de los santos; entonces lo que había que hacer era bautizarla como católica”.

En marzo de 1926, Day conoce a una monja, Aloysia, que la ayuda en la preparación del primer sacramento de la hija. Tamar Theresa recibe el bautismo antes que su madre, en julio de 1927. Dorothy, en cambio, espera hasta el 28 de diciembre del mismo año para ser bautizada. Mientras tanto, paga el precio de su decisión. “Convertirse en católica significaba decir adiós a una pareja que amaba muchísimo. Aclaré mis ideas haciéndome la pregunta más simple: ¿elegir a Dios o a un hombre? Elegí a Dios y perdí a Forster. Fui bautizada el día de la fiesta de los Santos Inocentes, el 28 de diciembre de 1927. Era algo que tenía que hacer. Estaba cansada de seguir los tumultos y deseos de mi corazón, de hacer siempre lo que me venía en gana o lo que mis deseos me obligaban a hacer, con la constante impresión de terminar por mal camino. El precio de todo esto fue la pérdida del hombre que amaba, pero obtuve la salvación de mi hija y la mía”.

Inicia un período de vida en el que Dorothy busca cómo responder a su vocación más profunda. Trabaja en Los Ángeles en el mundo del cine, escribe artículos, hace protestas en defensa de los más pobres. A finales de 1932, participa en una manifestación de desempleados en Washington y entra en la cercana Iglesia de la Inmaculada Concepción. Reza espontáneamente para que “se abra un camino para mí, para usar los talentos que poseo en favor de mis compañeros de trabajo y de los pobres”. Y luego añade: “Quiero hacer una síntesis que reconcilie el cuerpo y el alma, este mundo y el próximo [el que vendrá]”.

Poco después encuentra a Peter Maurin: un emigrante francés, un hombre sin instrucción formal, pero con un pensamiento profundo y un sentido de justicia social. Peter está fascinado por San Francisco de Asís, lee a los Padres de la Iglesia y los escritos del Papa León XIII. Su erudición teológica ofrece una gran aportación al progreso religioso de Dorothy. Así nace la primera obra de los dos: el mensual *The Catholic Worker*. El primer número sale exactamente el 1 de mayo de 1933, abordando temas sociales a la luz del Evangelio. En torno a la revista se reúne un grupo de amigos y colaboradores, que juntos fundan *The Catholic Worker Movement*.

La pareja no se detiene sólo en la propagación de las ideas, sino que de inmediato pasa al ejercicio de las obras de misericordia. Fundan las “casas de hospitalidad” que acogen a los más necesitados, viviendo entre ellos. Es una respuesta concreta a la Gran Depresión en la que se encuentra entonces los Estados Unidos de América. Dorothy es consciente de que no se pueden limitar a la distribución del pan entre los pobres – es necesario repensar la sociedad presente, demasiado burguesa y centrada sólo en sí misma.

Day sabe también cómo armonizar el activismo con el sano progreso en la vida religiosa. Se acerca a la espiritualidad de San Benito. Se hace oblata en la Abadía de San Procopio en Lisle (Illinois), en 1955, describiendo así la actividad de los monjes y monjas: “ciertamente siguen a Cristo

en la pobreza, en el duro trabajo. También las monjas nos hacen avergonzar. Adoro especialmente a esas hermanitas extranjeras que trabajan en las cocinas y lavanderías, que consumen su juventud y belleza por Cristo, su Esposo, y son así completamente felices”.

Gasta su vida contra la guerra y la injusticia social, pero siempre motivada por una llamada mucho más profunda. “Todos estamos llamados a ser santos ... y podremos también superar nuestro miedo burgués a este nombre. Podremos también acostumbrarnos a reconocer el hecho de que hay algo sagrado en cada uno de nosotros. En la medida en que vamos creciendo, rechazando el hombre viejo y revistiéndonos de Cristo, hay un poco de santo, de lo divino, justo ahí”.

El 28 de noviembre de 1980, Dorothy sufre un infarto y deja este mundo. En marzo del 2000, a petición del cardenal John J. O'Connor, el Papa Juan Pablo II permitió a la Archidiócesis de Nueva York abrir el proceso de canonización, otorgándole a Dorothy May el título de “Sierva de Dios”.

## VIGILIA

«Antes que cualquier actividad y que cualquier cambio del mundo, debe estar la adoración. Sólo ella nos hace verdaderamente libres, sólo ella nos da los criterios para nuestra acción. Precisamente en un mundo en el que progresivamente se van perdiendo los criterios de orientación y existe el peligro de que cada uno se convierta en su propio criterio, es fundamental subrayar la adoración»

Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 22 de diciembre de 2005

## Premisas

La Vigilia que tiene lugar durante la iniciativa “24 horas para el Señor” tiene un papel fundamental porque caracteriza todo el evento. Es deseable que la Vigilia se realice con el Santísimo Sacramento expuesto, mientras que uno o más sacerdotes permanecen disponibles para celebrar el Sacramento de la Reconciliación.

La presente Vigilia se inspira en las palabras que Jesús pronunció a una pecadora: “Han quedado perdonados tus pecados”, destacando el vínculo indisoluble entre el amor y el perdón. Todo el pasaje, donde el evangelista Lucas describe el encuentro de Jesús en la casa de un fariseo, permite varias interpretaciones espirituales.

Nos centramos en tres aspectos: el primero, enfatiza el amor y la devoción que un hombre dedica a quien lo perdona; el segundo demuestra una cierta lógica: cuanto más se perdona, más se ama, y amando más, se puede perdonar más y más; el tercero, finalmente, nos muestra que los pecados no siempre se dicen con palabras, sino que a veces son suficientes sólo unos pocos gestos: las lágrimas, el estar de rodillas.

El evento “24 horas para el Señor” está estrechamente relacionado con el tiempo litúrgico y, en concreto, con el IV Domingo de Cuaresma. La alegría celebrada durante este domingo, conocida en la antigüedad como “*Leatare*”, proviene de la conversión personal, de la reconciliación con Dios y de la gracia recibida en el Sacramento del Perdón. Las lecturas del domingo (1 Sam 16, 1.4. 6-7. 10-13; Sal. 22; Ef 5, 8-14; Jn 9, 1-41) muestran, entre otras cosas, cómo Dios elige y cómo sana. Notamos que reconocer y sanar, según los criterios divinos, es un proceso que dura en el tiempo, y no siempre es fácil discernir sus etapas, así como el pensamiento de Dios que actúa en la historia del hombre. La iniciativa ha sido colocada precisamente en los días previos al IV Domingo de Cuaresma para dar la posibilidad a todos los fieles de progresar en la liberación de su vida de los pecados, preparándose, de este modo, para la Pascua que se acerca.

Durante el transcurso de la iniciativa *24 horas para el Señor* es oportuno subrayar los contenidos indicados anteriormente. Sin embargo, el desarrollo mismo y la elección de los temas y de los pasajes bíblicos se dejan siempre a la discreción de los pastores y de los organizadores del evento que, en las diversas partes del mundo, conocen mejor las necesidades de los fieles confiados a su cuidado pastoral.

La praxis de los años anteriores muestra que la iniciativa se desarrolla normalmente de tres maneras:

1. En las pequeñas comunidades como por ejemplo en los hospitales o parroquias/rectorías con un número relativamente bajo de fieles.

En este caso, toda la iniciativa se desarrolla normalmente el viernes por la tarde. Se podría iniciar el evento con la Liturgia penitencial, para luego exponer el Santísimo Sacramento y, con la Adoración Eucarística silenciosa o animada por un grupo de oración (según las posibilidades y necesidades de la comunidad), invitar a todos a la reconciliación sacramental con Dios.

2. En las parroquias más numerosas (sobre todo en las áreas urbanas), en las prefecturas (y/o vicariatos/decanatos) o allí donde se decide organizar el evento en varias parroquias/comunidades.

Sería recomendable empezar el viernes por la tarde con la Santa Misa o bien con la Liturgia de la Palabra. A continuación, se expone el Santísimo Sacramento y se inicia la Adoración Eucarística animada por diferentes grupos parroquiales o de varias parroquias.

Los responsables establecen tanto el programa de toda la Adoración como su duración, asegurando los turnos para las confesiones de los fieles.

3. En las iglesias catedrales, basílicas, santuarios, o bien en las parroquias y en los lugares de culto que sean más significativos para la Iglesia local y elegidos cuidadosamente por el Ordinario o bien por las personas responsables.

El evento debe organizarse de manera más solemne, subrayando la universalidad de la Iglesia que lo celebra al mismo tiempo en todo el mundo. La iglesia debería permanecer abierta también por la noche, con la Adoración Eucarística animada a turnos por varios grupos de oración y por diversas comunidades. Es deseable que el Ordinario y los Obispos estén presentes al menos al principio y al final del evento, dando también su disponibilidad en la celebración del Sacramento de la Reconciliación. Se debe asegurar la presencia constante de uno o más sacerdotes dispuestos a escuchar las confesiones.

Siempre que sea posible, un grupo de fieles, especialmente formados y preparados, podría invitar a las personas que pasan cerca de la iglesia a entrar y a participar en el evento (especialmente en las iglesias centrales de la ciudad, en los centros históricos y turísticos, en los lugares de gran afluencia de personas, etc.). Una simple invitación, una palabra de bienvenida, una explicación del evento son a menudo una ocasión para iniciar una conversación mucho más seria, convirtiéndose en

un verdadero y propio momento de evangelización. A menudo, los fieles laicos, especialmente entre quienes reciben sistemáticamente la formación en varias comunidades y grupos de oración, pueden realizar un excelente servicio en la preparación para la confesión, dialogando con personas que no han asistido a la iglesia por algún tiempo y que podrían sentirse incómodas ante la presencia directa e inmediata del sacerdote.

Con el fin de adaptar la propuesta de Vigilia a las exigencias particulares de una comunidad específica (parroquia, capilla de un hospital, monasterio, rectoría, santuario, etc.), se pueden elegir los cantos. Para profundizar en los temas presentados en los textos bíblicos propuestos, se sugiere preparar una meditación o bien elegir algunos testimonios, de acuerdo con las exigencias y posibilidades de la propia comunidad.

## INICIO DE LA VIGILIA PROPUESTA DE LITURGIA PENITENCIAL

Mientras el presbítero y los ministros se acercan al presbiterio, la asamblea canta el himno u otro canto apropiado.

### SALUDO Y MONICIÓN

C: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

R: Amén.

C: La misericordia y la paz estén con todos vosotros.

R: Y con tu espíritu.

C: Hermanos y hermanas, esta tarde Dios misericordioso quiere decirnos a cada uno de nosotros: “Han quedado perdonados tus pecados”. Solo depende de nosotros, si somos capaces de inclinarnos delante de él, para lavarle los pies con nuestras lágrimas, que brotan del corazón contrito que busca el amor verdadero. En nuestros corazones queremos llevar a Dios a los que están lejos de Él, para que en las próximas horas, dedicadas de manera particular, en toda la Iglesia, a la reconciliación, puedan encontrar el valor y presentarse ante el trono de la Misericordia.

Todos se recogen por un tiempo en oración silenciosa.

C: Oh Dios, que nunca te cansas de usar misericordia con nosotros, danos un corazón penitente y fiel que sepa corresponder a tu amor de Padre, para que difundamos por los caminos del mundo el mensaje evangélico de la reconciliación y la paz. Por nuestro Señor Jesucristo...

### LITURGIA DE LA PALABRA

#### Primera Lectura 2Tm 1,1.6-11

*De la Segunda carta de san Pablo a Timoteo*

Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios para anunciar la promesa de vida que hay en Cristo Jesús, a Timoteo, hijo querido: gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, Señor nuestro. Te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos, pues Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de templanza. Así pues, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios. Él nos salvó y nos llamó con una vocación santa, no por nuestras obras, sino según su designio y según la gracia que nos dio en Cristo Jesús desde antes de los siglos, la cual se ha manifestado ahora por la aparición de nuestro

Salvador, Cristo Jesús, que destruyó la muerte e hizo brillar la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio. De este Evangelio fui constituido heraldo, apóstol y maestro.

L: Palabra de Dios

R: Te alabamos Señor.

### Salmo Responsorial (Del Salmo 31)

R: *Perdona, Señor, mi culpa y mi pecado.*

Dichoso el que está absuelto de su culpa,  
a quien le han sepultado su pecado.

Dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito  
y en cuyo espíritu no hay engaño.

Había pecado, lo reconocí,  
no te encubrí mi delito.

Propuse: «Confesaré al Señor mi culpa»,  
y tú perdonaste mi culpa y mi pecado.

Tú eres mi refugio, me libras del peligro,  
me rodeas de cantos de liberación.

Alegraos, justos, y gozad con el Señor;  
aclamadlo los de corazón sincero.

### Aclamación al Evangelio (Cfr. Jl 2,12-13)

*Honor y gloria a ti, Señor Jesús.*

Dios nos amó y envió a su Hijo  
como víctima de propiciación por nuestros pecados.

*Honor y gloria a ti, Señor Jesús.*

### Evangelio

C: El Señor esté con vosotros.

R: Y con tu espíritu.

C: Lectura del Santo Evangelio según San Lucas

(7,36-50)

R: Gloria a ti, Señor.

En aquel tiempo, un fariseo le rogaba que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: «Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora». Jesús respondió y le dijo: «Simón, tengo algo que decirte». Él contestó: «Dímelo, Maestro». «Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le mostrará más amor?». Respondió Simón y dijo: «Supongo que aquel a quien le perdonó más». Y él le dijo: «Has juzgado rectamente». Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con ungüento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco». Y a ella le dijo: «Han quedado perdonados tus pecados». Los demás convidados empezaron a decir entre ellos: «¿Quién es este, que hasta perdona pecados?». Pero él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz».

C: Palabra del Señor.

R: Gloria a ti, Señor Jesús.

**Sigue la homilía.**

## **CONFESIÓN GENERAL DE LOS PECADOS**

**Después de una breve pausa de reflexión a continuación de la homilía, el celebrante dice:**

C: El día que celebramos la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte, también nosotros estamos llamados a morir al pecado para resucitar a una vida nueva. Reconozcámonos necesitados de la misericordia del Padre.

C: Yo confieso ante Dios Todopoderoso

R: y ante vosotros hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión; Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María siempre Virgen, a los ángeles, a los Santos y a vosotros hermanos, que intercedáis por mi ante Dios, nuestro Señor.

C: Dios Todopoderoso tenga misericordia de vosotros, perdone vuestros pecados y os conduzca a la vida eterna.

R. Amén.

### ORACIÓN DEL SEÑOR

Todos se ponen de pie

C: Iluminados por la Palabra del Señor, dirigimos nuestra oración a Dios, nuestro Padre, para que perdone nuestros pecados y nos libre del mal:

R: Padre nuestro,

que estás en el cielo,

santificado sea tu Nombre;

venga a nosotros tu reino;

hágase tu voluntad

en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;

perdona nuestras ofensas,

como también nosotros perdonamos

a los que nos ofenden;

no nos dejes caer en la tentación,

y líbranos del mal.

### RITO DE LA PAZ

C: Queridos hermanos, confiados en las palabras de Jesús, con el corazón dispuesto a recibir la gracia del perdón, queremos intercambiar un gesto de paz.

Todos intercambian un signo de paz.

### EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Continuamos con la exposición del Santísimo Sacramento “more solito” y con la Adoración Eucarística que durará hasta el final de las “24 horas para el Señor”.

Sigue el tiempo para las confesiones y la absolución individual.

Al final de la Vigilia, se da la bendición solemne con el Santísimo Sacramento. En algunos lugares, especialmente allí donde la iniciativa “24 horas para el Señor” se ha realizado de manera solemne, concluyendo el sábado por la tarde, se podría celebrar la Santa Misa vespertina del IV Domingo de Cuaresma o bien las Primeras Vísperas.

## DESARROLLO DE LA VIGILIA

El presente texto es una propuesta que luego se debe concretar y culturizar, de acuerdo con las tradiciones locales.

Teniendo en cuenta la duración de la vigilia, el número de participantes, las posibilidades organizativas y otros factores, la animación de la Adoración Eucarística podría realizarse por turnos, con un cambio temático después de cada hora.

Durante la celebración de la vigilia no deben faltar los momentos de oración silenciosa ante el Santísimo Sacramento.

## GUIÓN DE UN TURNO

Expuesto el Santísimo Sacramento, después de un momento de silencio, el grupo musical interpreta un canto. Sigue la lectura del pasaje bíblico:

*Escuchamos las palabras del Evangelio de Juan (9,1-41)*

Y al pasar, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego?». Jesús contestó: «Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo».

Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)». Él fue, se lavó, y volvió con vista.

Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: «¿No es ese el que se sentaba a pedir?». Unos decían: «El mismo». Otros decían: «No es él, pero se le parece». Él respondía: «Soy yo». Y le preguntaban: «¿Y cómo se te han abierto los ojos?». Él contestó: «Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé, y empecé a ver». Le preguntaron: «¿Dónde está él?». Contestó: «No lo sé».

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: «Me puso barro en los ojos, me lavé y veo». Algunos de los fariseos comentaban: «Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado». Otros replicaban: «¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?». Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: «Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?». Él contestó: «Que es un profeta». Pero los judíos no se creyeron que aquel había

sido ciego y que había comenzado a ver, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron: «¿Es este vuestro hijo, de quien decís vosotros que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?». Sus padres contestaron: «Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo ve ahora, no lo sabemos; y quién le ha abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos. Preguntádselo a él, que es mayor y puede explicarse». Sus padres respondieron así porque tenían miedo a los judíos: porque los judíos ya habían acordado excluir de la sinagoga a quien reconociera a Jesús por Mesías. Por eso sus padres dijeron: «Ya es mayor, preguntádselo a él».

Llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron: «Da gloria a Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador». Contestó él: «Si es un pecador, no lo sé; solo sé que yo era ciego y ahora veo». Le preguntan de nuevo: «¿Qué te hizo, cómo te abrió los ojos?». Les contestó: «Os lo he dicho ya, y no me habéis hecho caso: ¿para qué queréis oírlo otra vez?, ¿también vosotros queréis haceros discípulos suyos?». Ellos lo llenaron de improperios y le dijeron: «Discípulo de ese lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, pero ese no sabemos de dónde viene». Replicó él: «Pues eso es lo raro: que vosotros no sabéis de dónde viene, y, sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que es piadoso y hace su voluntad. Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si este no viniera de Dios, no tendría ningún poder». Le replicaron: «Has nacido completamente empecatado, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?». Y lo expulsaron.

Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?». Él contestó: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?». Jesús le dijo: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ese es». Él dijo: «Creo, Señor». Y se postró ante él. Dijo Jesús: «Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos». Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: «¿También nosotros estamos ciegos?». Jesús les contestó: «Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado; pero como decís “vemos”, vuestro pecado permanece.

**Permanecemos en silencio.**

## **TESTIMONIO/MEDITACIÓN**

**A continuación, se presenta un testimonio de conversión. Este testimonio podría ser pronunciado por una persona que esté dispuesta a compartir cómo el Señor ha tocado su corazón con la gracia del perdón, o bien un testimonio leído (por ejemplo, en el presente subsidio se ofrece el testimonio de**

Beatrice Fazi). En caso de que no fuera posible presentar el testimonio, se podría proponer un texto meditativo, como el que sigue a continuación:

De la Homilía 44 (1-2) “Curación de un ciego de nacimiento” de San Agustín

La iluminación del ciego es muy significativa. El ciego de nacimiento representa al género humano, que fue atrapado por la ceguera del primer hombre cuando pecó. Así como la ceguera tuvo su origen en la infidelidad, la iluminación nace de la fe.

Acerca del hombre que nació ciego, al que el Señor Jesús iluminó, se ha leído públicamente una prolija lectura; si conforme a su mérito intento, según soy capaz, explicarla a fondo toda, considerando cada dato, no bastará el día. Por ende, pido y aconsejo a Vuestra Caridad que no reclaméis mi palabra respecto a lo que está claro, porque será demasiado largo detenernos en cada dato. Os confiaré, pues, brevemente el misterio de este ciego iluminado. Sin duda, lo extraordinario y admirable que hizo nuestro Señor Jesucristo son tanto obras como palabras: obras, porque fueron hechas; palabras, porque son signos. Si, pues, pensamos en qué significa esto que se hizo, ese ciego es el género humano, pues esta ceguera aconteció en el primer hombre mediante el pecado del que todos hemos tomado origen no sólo de muerte, sino también de iniquidad. En efecto, si ceguera es la incredulidad e iluminación la fe, cuando vino Cristo, ¿a quién encontró creyente?, siendo así que el Apóstol, nacido en la nación de los profetas, dice: en el pasado también nosotros fuimos por naturaleza hijos de la ira, como los demás (*Ef 2, 3*). Si hijos de la ira, hijos de la venganza, hijos del castigo, hijos del infierno. ¿En qué sentido por naturaleza, sino porque, tras pecar el primer hombre, en calidad de la naturaleza se ha desarrollado una tara? Si en calidad de la naturaleza se ha desarrollado una tara, todo hombre ha nacido ciego según el espíritu ya que, si ve, no necesita guía; si necesita guía y quien le ilumine es, pues, ciego de nacimiento.

Vino el Señor; ¿qué hizo? Ha hecho valer un gran misterio. *Escupió en tierra* (Jn 9,6), de su saliva hizo barro porque la Palabra se hizo carne (cf. Jn 1,14), y untó los ojos del ciego. Estaba untado, mas no veía aún. Lo envió a la piscina que se llama Siloé. Pues bien, incumbió al evangelista confiarnos el nombre de esta piscina y aseveró: lo cual se traduce «Enviado» (Jn 9,7). Ya sabéis quién ha sido enviado; por cierto, si él no hubiera sido enviado, ninguno de nosotros habría sido liberado de la maldad. Se lavó, pues, los ojos en la piscina que se traduce «Enviado», es decir, fue bautizado en Cristo.

Después del testimonio/meditación se entona un canto y se permanece en oración silenciosa.

A continuación, toda la asamblea puede pronunciar la siguiente oración de intercesión.

### ORACIÓN POR INTERCESIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Santa María,  
Virgen del silencio y de misteriosa paz:  
adolorada, fuerte, fiel  
en el sepulcro esperas,  
donde calla la Palabra y el Santo de Dios yace.  
Vigilante esperas  
que de la oscuridad brote la Luz,  
de la tierra germine la Vida.  
Esperas la alborada del día sin ocaso,  
la hora del parto de la humanidad nueva.  
Esperas a ver en el Hijo resucitado  
el rostro nuevo del hombre redimido,  
a escuchar el nuevo saludo de paz,  
a cantar el canto nuevo de gloria.  
Virgen del Espíritu, ícono de la Iglesia,  
implora por nosotros tu fe en la Palabra,  
tu esperanza en el Reino  
tu amor por Dios y por el hombre.  
A ti, gloriosa Madre de Dios,  
bienaventurada por la fe,  
señora de inmensa piedad,  
nuestra alabanza perenne y agradecida. Amén.

(San Juan Pablo II, *Via Crucis* del Viernes Santo de 1991)

Se entona un canto y se permanece en oración silenciosa hasta el final del turno de oración.

Dependiendo de la duración de la vigilia, se puede repetir este esquema, cambiando los pasajes bíblicos y los cantos, y alternando los testimonios, las meditaciones y las oraciones.

Teniendo en cuenta el tiempo litúrgico de la Cuaresma, se podría incluir también el *Via Crucis*. Se puede proponer también la oración del Santo Rosario y/o de la Corona a la Divina Misericordia.

Algunos pasajes bíblicos para componer otros turnos de la vigilia: Salmo 31(32) (Dichoso el que está absuelto de su culpa); Mt 18,23-35 (Parábola del siervo despiadado); Col 3,12-17 (El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo).

Como alternativa, tanto para la profundización individual como para la celebración comunitaria, se propone la *Lectio divina*, de la que sigue una propuesta.

## Lectio Divina

### La Palabra de Dios ...

#### ... es escuchada

*Escuchamos la Palabra de la Segunda carta de san Pablo a los Efesios (5,8-14)*

*Antes sí erais tinieblas, pero ahora, sois luz por el Señor. Vivid, por tanto, como hijos de la luz, pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz. Buscad lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien denunciándolas. Pues da vergüenza decir las cosas que ellos hacen a ocultas. Pero, al denunciarlas, la luz las pone al descubierto, y todo lo descubierto es luz. Por eso dice:*

*«Despierta tú que duermes,  
levántate de entre los muertos  
y Cristo te iluminará».*

#### ... es meditada

La Carta a los Efesios, así como la de a los Colosenses, está estructurada en dos partes. Los primeros capítulos anuncian la salvación, lo que Dios ha hecho por nosotros creyentes, su don. Después, en la segunda parte, trata de mostrar cómo se debe preservar esta vida, qué valores perseguir y qué elecciones hacer para que el don de Dios no se deteriore ni se pierda. La primera parte se refiere al *indicativo de la gracia* (lo que el Señor ha hecho por nosotros y de nosotros), la segunda, en cambio, al *imperativo de la responsabilidad* (cómo proteger el don a través de las propias elecciones de cada día). El pasaje que estamos comentando (Ef 5,8-14) pertenece a la segunda parte. Para entenderlo mejor, partiremos del último versículo («Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará» - v.14), que nos ofrece la clave de lectura para entender todo el pasaje. Nos dejamos ayudar por un pasaje de San Agustín.

«Despiértate: Dios se ha hecho hombre por ti. “Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará” (Ef 5,14). Por ti precisamente, Dios se ha hecho hombre. Hubieses muerto para siempre, si él no hubiera nacido en el tiempo. Nunca te hubieses visto libre de la carne del pecado, si él no hubiera aceptado la semejanza de la carne del pecado. Una inacabable miseria se hubiera apoderado de ti, si no se hubiera llevado a cabo esta misericordia. Nunca hubieras vuelto a la vida, si él no hubiera venido al encuentro de tu muerte. Te hubieras derrumbado, si él no te hubiera ayudado. Hubieras perecido, si él no hubiera venido» (San Agustín, Sermón 185: PL 38,997).

Precisamente es en Cristo, hecho hombre, muerto y resucitado en la Pascua por todos nosotros, que se nos ofrece la posibilidad de adherirnos a lo que San Pablo nos acaba de decir, que es el versículo con el que termina nuestro pasaje bíblico: «Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará».

Este versículo (Ef 5,14) probablemente San Pablo lo recupera de un antiguo himno bautismal cristiano. Encontramos en síntesis los temas de la Pascua y del bautismo: el sueño y las tinieblas son símbolo de la muerte, fruto del pecado, terrible heredad que Adán ha dejado a toda su descendencia, la humanidad. En esta realidad de muerte Cristo ha entrado, verdaderamente ha muerto y de este modo en la muerte trajo la vida, porque Él es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6). En Jesucristo, muerto por amor a nosotros, los hombres, sus hermanos, ahora la muerte de cada uno de nosotros *se ha transformado en vida*, el paso (pascua) hacia la vida verdadera que es el encuentro con el Padre, el reconocerse completamente hijos amados en Jesús, el Hijo único.

Ahora bien, esta vida plena ya nos la ha dado Cristo por la fuerza del Espíritu Santo en la gracia del bautismo, que antiguamente se llamaba *iluminación*. «Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará». De hecho, en el bautismo se nos hace partícipe, por puro don, sin ningún mérito de nuestra parte, de lo que Dios tiene por más querido y precioso: la relación de vida y de amor del Padre y del Hijo en la cual desde siempre ha versado todo el amor que es el Espíritu Santo.

Los Padres de la Iglesia imaginaban la muerte de Cristo como su entrada en el reino de los muertos: y entrando Cristo, nos trajo la vida, vació los sepulcros: porque lo que Dios ama no puede desaparecer en la nada: vive de su amor. Sin embargo, la victoria de Cristo no acontece de manera mágica, eliminando la muerte, sino como *vaciándola* de su veneno y llenándola de amor y de vida. En Cristo, la muerte ya no es el final de todo, sino el despertar y la iluminación a lo que es más bello, duradero y precioso: la mirada del Padre que nos ama con amor fiel.

A este punto, es más claro lo que San Pablo quiere decir al comienzo de nuestro pasaje: «Antes sí erais tinieblas, pero ahora, sois luz por el Señor» (v. 8).

En realidad, está hablando de la condición humana en general, que atañe a todos los hombres: si Cristo no nos ilumina – porque Él es la luz y la vida – no somos más que tinieblas. En el bautismo, el Padre nos ha dado la vida nueva y la luz: ¡qué gran don! Sin embargo, es un don confiado a nuestra responsabilidad, es un don que – como todos los dones preciosos – se puede desperdiciar, descuidar, trivializar o perder. De hecho, aun siendo ya hijos del Padre, convencidos de que su amor vence cada pecado, cada fracaso, incluso la muerte, existe la posibilidad de vivir como si esto no fuera cierto y, por lo tanto, de no disfrutar de tanta misericordia. Es como si una persona tuviera una cuenta bancaria de varios millones de euros que le permitiría llevar una vida cómoda: pero la ha olvidado y se encuentra sin dinero. La cuenta bancaria está ahí, pero no aporta ninguna ventaja al propietario. También la participación en la resurrección de Jesús – que se nos ha dado en el bautismo – puede descuidarse: es posible por tanto que, siendo hijos del Padre, vivamos como si no lo conociéramos, como si su amor no fuera fiel, como si Él no bastase («Nada te turbe [...], sólo Dios basta», Santa Teresa de Ávila, *Poemas*). Las tinieblas – hemos dicho – son un símbolo del pecado y de los pecados, que en el fondo – en su variedad – no son más que un repetir la elección de Adán y Eva, de no fiarse verdaderamente del Señor.

Por esta razón, Pablo puede continuar su discurso diciendo: «Vivid, por tanto, como hijos de la luz» (v.8). El *por tanto* es el vínculo de unión con lo que se ha dicho antes: el don de Dios hacia nosotros es inmenso, el riesgo de descuidarlo muy real, *por tanto*, vivid bien para custodiarlo. Y esta actitud de custodia es muy concreta: «pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz» (vv. 9).

Ser hijos de Dios – que es amor – y vivir como hijos suyos, significa asumir los criterios, el estilo de vida de Cristo, que es el Hijo del Padre y, al mismo tiempo, verdadero hombre. Esto ciertamente no es posible sólo por nuestro empeño, sino por el don del Espíritu: así como somos hijos, podemos vivir como hijos: podemos decir al Padre *Abbà* y podemos dirigirnos a cualquier otra persona reconociéndola como nuestro hermano o hermana. Vivir como hijos del Padre significa amar.

Es verdad, parece decir Pablo – hay personas – que viven otra lógica, la de la conveniencia y el interés personal (*pero quién me obliga a hacerlo o lo importante es que piense en mí mismo, los demás se la verán ellos...*, etc.). Precisamente por esto Pablo añade: «Buscad lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien denunciándolas. Pues da vergüenza decir las cosas que ellos hacen a ocultas» (vv.11-12). Estos comportamientos, estas lógicas, por un lado, tal vez nos hieran, pero si somos honestos, a veces también nos seducen, a veces – quien más, quien menos – nos convencen de que es mejor hacer las cosas por nuestra cuenta, en lugar de buscar «lo que agrada al Señor» (v.10). Porque el Señor – que es nuestro Padre – nos educa constantemente – a través de la vida cotidiana – a salir de nosotros mismos, a ir al encuentro del otro, a hacer espacio en nosotros para el encuentro, incluso si esto implica renunciar a nuestros proyectos, a nuestros sueños, que revelan la propia maldad, porque no se abren a los demás, no saben tener en cuenta al

otro y son sólo individuales. ¡Y la lógica del amor es a veces dolorosa, mientras que la de la conveniencia es a menudo agradable!

El encuentro con el Señor, la escucha de su palabra, que es luz, mientras que, por un lado, nos revela la gracia y el amor de Dios por nosotros, por otro lado, nos muestra también nuestras tinieblas, más o menos grandes. De hecho, al denunciarlas, la luz pone al descubierto las obras estériles de las tinieblas «y todo lo descubierto es luz» (v.13). Como sabemos, la luz del Señor – un poco como la luz del sol – mientras ilumina, también nos calienta y nos reviste de sí. Así también nosotros, santos por vocación, pero todavía pecadores – porque seducidos por las tentaciones de nuestros grandes o pequeños egoísmos, en la vida de los afectos, en la vida profesional, en la gestión de nuestras cosas y de la *casa común*, en las relaciones con los amigos y con los extraños y extranjeros – debemos dar el paso de pedir perdón al Padre y a los hermanos. Y la reconciliación sacramental, como *hermana del bautismo*<sup>1</sup>, renueva la gracia de la filiación, porque renueva el pentecostés del amor del Espíritu que hace todo nuevo.

Renovados en la gracia del *indicativo de Dios* sobre nosotros, como personas y como comunidad, seremos fortalecidos en la responsabilidad del *imperativo* de custodiar y proteger este don del amor y del servicio sincero hacia cada hermano y hermana, especialmente hacia los más necesitados.

«Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará» (v.14).

### ... es rezada

Señor Jesucristo, ayúdame; no me hagas pecar contra ti, porque estoy perdido.

No me hagas seguir mi voluntad, no me hagas desmoronarme con mis pecados.

Ten compasión de tu criatura, no me desprecies porque soy débil, no me abandones porque me refugio en ti, sana mi alma porque he pecado contra ti.

Ante ti están todos los que me oprimen y no tengo escapatoria sino en ti.

Señor, sálvame por tu misericordia.

Que se avergüencen todos los que se levantan contra mí, los que buscan mi alma para destruirla, porque tú, Señor, eres poderoso en todo y a ti te pertenece la gloria, a Dios Padre y al Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

Amén.

Isaías de Scete

\* \* \*

¡Oh, dulce Señora!  
¡Mujer revestida de sol!  
Ayúdanos a penetrar tu misterio:  
el misterio de la Virgen Madre,  
el misterio de la Reina Sierva,  
el misterio de la Omnipotente que suplica.

---

1 Cfr Gianmarco Busca, *La riconciliazione "sorella del battesimo"*. Roma 2011.

Ayúdanos a descubrir  
cada vez más profundamente,  
en este misterio,  
a Cristo, Redentor del mundo,  
Redentor del hombre.  
Tú estás revestida de sol,  
del sol de la inescrutable Divinidad,  
del sol de la impenetrable Trinidad.  
“Llena de gracia” ...  
Y mientras tanto,  
para nosotros que vivimos en esta tierra,  
desterrados, hijos de Eva,  
tú estás revestida  
del sol de Cristo  
de Belén y de Nazaret,  
de Jerusalén y del Calvario.  
Tú estás revestida  
del sol de la Redención  
del hombre y del mundo  
mediante la cruz  
y la resurrección de tu Hijo.  
¡Haz que este sol  
resplandezca siempre para nosotros  
en esta tierra!  
¡Haz que este sol  
no se eclipse jamás  
en el alma de los hombres!

San Juan Pablo II